

Aunque á mi flaca vista ofende y cubre,
La inmensa busco, y voy siguiendo el cielo ^{1.}»

Herrera ha dogmatizado este erotismo platónico en sus *Comentarios á Garcilasso* ², declarando la naturaleza del amor en las anotaciones al soneto 7.^o, y la esencia de la hermosura en las anotaciones al soneto 22, sin otras mil observaciones esparcidas por todo el contexto de aquel precioso y rarísimo libro.

Confiesa Herrera que «de este argumento están llenos los libros de los filósofos, y que los italianos no han querido dejar algún lugar desocupado en esta materia.» Limitase, pues, como los restantes, á extractar el *Simposio*, con las interpretaciones alegóricas de los alejandrinos y mucha pedantesca erudición tomada de Hesiodo, del falso Orfeo, de Simónides, de Apolonio, de Xenophonte, de Aristófanes, de Acusilao, de Safo, de Plotino, de Museo, de Marco Tulio, de

¹ Respecto del carácter platónico de la adoración de Herrera por la bella *Eliodora*, pueden haber algunas dudas (con paz sea dicho de los críticos sevillanos) á quien lea la bellísima elegía que principia:

«No baños en el mar sagrado y cano,»

ó aquella otra, donde se encuentra este verso incomparable de pasión y de verdad:

«¡Ya pasó mi dolor: ya sé qué es vida!»

² *Obras de | Garcilasso de la Vega | con anotaciones de | Fernando de Herrera, | Al Ilustrísimo i Excelentísimo Señor Don Antonio de Guzmán, Marqués de Ayamonte, Gobernador | del Estado de Milán, i Capitán General de Italia | En Sevilla, por Alonso de la Barrera | Año de 1580. 691 folios, sin contar los preliminares y la Tabla.*

Alejandro de Afrodisia, de Julio César Escalígero y de otros autores innumerables. «Y así hay, según los platónicos, tres especies de amor, el contemplativo, que es el divino, porque subimos de la vista de la belleza corporal á la consideración de la espiritual y divina; el activo, que es el humano, es deleite de ver y conversar; el tercero, que es pasión de corrompido deseo y deleitosa lascivia, es el pésimo y bestial.... El primero destes es altísimo, el segundo medio entre los dos, el postrero terreno y bajo, que no se levanta de viles consideraciones y torpezas. Y aunque todo amor nace de la vista, el contemplativo sube della á la mente, el activo y moral, como simple y corpóreo, para en la vista y pasa adelante; el deleitable descende della al tocamiento. Á estas especies responden otras tres suertes de belleza. Por opinión común tienen todos, siguiendo á Platón, que el amor es deseo de gozar la hermosura, y siendo deseo, es afecto.... Luego que los ojos son heridos de la belleza, se resiente todo el espíritu sensitivo, y juntamente toda l'ánima sensitiva...., y atrae á sí con herviente espíritu los trasapamientos ó transmigraciones de los amores.... Porque la vista pinta y figura otras imágenes, como en cosas líquidas, las cuales se deshacen y desvanecen presto.... mas las imágenes de los que aman, esculpidas en ella como inmixciones hechas con fuego, dejan impresadas en la memoria formas que se mueven, y viven, y hablan, y permanecen en otro tiempo; porque, siendo representada á nuestros

ojos alguna imagen bella y agradable, pasa la efigie della, por medio de los sentidos exteriores, al sentido común: del sentido común va á la parte imaginativa, y della entra en la memoria...., y allí no se detiene, porque enciende al enamorado en deseo de gozar de la belleza amada, y al fin lo transforma en ella....»

Herrera, como todos los platónicos del siglo XVI, manifiesta grandes tendencias á la conciliación aristotélica, y quiere embeber la doctrina del Estagirita en la de su maestro. Así lo notamos principalmente cuando desarrolla su concepto de la belleza, buscándole en la proporción y simetría penetradas por el divino aliento de la vida :

«La belleza corporal, que los filósofos estiman en mucho, no es otra cosa que proporcionada correspondencia de miembros con agradable color y gracia, ó esplendor en la hermosura y proporción de colores y líneas.... Dice Aristóteles, en el III de la *Retórica* y en el de la *Poética*, que en la hermosura, así en lo que es animado como en todas las cosas compuestas, consta de orden y conveniente grandeza. Y así quiere que, *no sólo proceda y nazca de la misma belleza y gracia, pero de dignidad, y grandeza, y veneración, con una nota de severidad*¹. Sin contradicción y repugnancia alguna, entre todos los cuerpos elementados es la más perfecta belleza la del cuerpo humano, y de todo él la más bella parte es el

¹ No parece sino que Herrera describía con estas palabras su propio carácter poético.

rostro, á quien concurre á formar más variedad de miembros que á otra alguna. Y si cada uno de estos miembros es por sí hermoso y bien compuesto, lo hacen bellísimo. Y de todas estas partes son bellísimos los ojos, por la diversidad y diferencia y belleza de colores, y porque son asiento de todo el esplendor que puede recibir el cuerpo humano, y porque por ellos trasluce la hermosura del ánimo.... Pero no está solamente la belleza en suaves y lindos ojos, en hermoso rostro, y bellísimo y encendido color de mejillas de hermosa dama, en la alegría de la vista, en la verdura de la edad juvenil, en el agradable aplacamiento de modos y gestos del cuerpo....; mas también está en las acciones y obras, donde se hacen claras y visibles las virtudes del ánimo, *porque hay tres suertes de belleza: de entendimiento, de ánimo y de cuerpo*¹.... Parece que la hermosura corpórea proviene de.... cierta venustidad, que llaman *Charita* los griegos y *Leggiadria* los toscanos, que no es otra cosa que elegancia y ornamento, la cual agrada alguna vez, no tanto por la perfecta disposición y buena proporción del cuerpo, cuanto por una cierta conformidad que tiene con los ojos, á los cuales contenta y deleita....; y esto todo es objeto y juicio de los ojos, porque solos ellos conocen y aun gozan solos de la hermosura corporal....

»Así como nace aquella agradable y hermosa belleza, que embebece y ceba los ojos dulce-

¹ Equivale á la moderna y autorizada división de *belleza física, intelectual y moral*.

mente, de la elección de buenos colores, que, colocados en lugares convenientes, hacen escogida proporción de miembros, así del *considerado escogimiento de voces para imitar las diferencias sustanciales de las cosas*, procede aquella suave hermosura que suspende y arrebató nuestros ánimos con maravillosa violencia, y no sólo es necesario el escogimiento, sino mucho más la *composición.*»

¡Y cuán amplio, magnífico y generoso concepto del arte había derivado Herrera de las fuentes del idealismo platónico! Oigámosle en las notas á la égloga 2.^a, y juzgaremos lo que fué aquel espléndido clasicismo español del siglo xvi, antítesis perfecta del preceptismo de Boileau: «Es la poesía abundantísima y exuberante, y rica en todo, libre de su derecho y jurisdicción, sola, sin sujeción alguna...., y maravillosamente idónea para manifestar todos los pensamientos del ánimo, y el hábito que representare, y obra, y efecto, y grandeza, y *todo lo que cae en sentimiento humano.*»

Y para Herrera no es la lengua poética una cristalización en formas regulares y muertas, sino agua que eternamente fluye y se mueve: «En tanto que vive la lengua y se trata, no se puede decir que ha hecho curso, *porque siempre se alienta á pasar y dejar atrás lo que antes era estimado*, y cuando fuera posible persuadirse alguno que había llegado al supremo grado de su grandeza, era flaqueza indigna de ánimos generosos desmayar, imposibilitándose con aquella

desesperación de merecer la gloria debida al trabajo y perseverancia de la nobleza destes estudios, pues sabemos que en los simulacros de Fidias pudieron los que vinieron después imaginar más hermosas cosas, y más perfectas.... *Debemos procurar con el entendimiento modos nuevos y llenos de hermosura.* Y como aquel grande artífice, cuando labró la figura de Júpiter ó la de Minerva, no contemplaba otra de que imitase y trajese la semejanza, pero tenía en su entendimiento impresa una forma ó idea maravillosísima de hermosura, en que, mirando atento, enderezaba la mano y el artificio á la semejanza della, así conviene que siga el poeta la idea del entendimiento, formada de lo más aventajado que puede alcanzar la imaginación, para imitar della lo más hermoso y excelente.»

Y ahora (dejando para otro lugar la exposición de las doctrinas de Herrera, relativas al arte literario), séanos lícito admirarnos de que la escuela más artificiosa y refinada de todas las peninsulares, la más amiga de las frases estériles y marchitas, haya aclamado por maestro suyo al hombre que de tal manera pensaba, y que, sin cesar, estimulaba á sus contemporáneos á buscar *modos nuevos y llenos de hermosura.* ¿Y cómo no había de pensar de esa manera quien tenía del genio poético la idea, no ya platónica, sino alejandrina y taumatúrgica, llena de religioso terror y misterio, que revelan las palabras siguientes, donde de un modo claro se afirma la inconsciencia del artista en los momentos de fiebre es-

tética : «No erraría mucho quien pensase que el entendimiento agente de Aristóteles es el mismo que el genio platónico. Es él quien se ofrece á los ingenios divinos y se mete dentro, para que descubran con su luz las intelecciones de las cosas secretas que escriben. Y sucede muchas veces que, resfriándose después aquel calor celeste en los escritores, ellos mismos, ó admiren ó no conozcan sus mismas cosas, y alguna vez no las entiendan en aquella razón á la cual fueron enderezadas y dictadas dél...¹»

Es una aberración sostener, como lo ha hecho no sé qué cervantista moderno, que Cervantes en la *Galatea* no se propuso otro fin que la difusión de las doctrinas platónicas; pero es cierto que en el libro iv de esa novela pastoril, primicias del juvenil ingenio del rey de nuestros escritores, se intercala una controversia de amor y de hermosura (enteramente escolástica hasta en la forma) entre *el discreto Tirsi* y *el desamorado Lenio*, y que el sentido de esta controversia es enteramente platónico y derivado de León Hebreo, hasta en las palabras, de tal suerte, que podríamos suprimirlas, á no ser por la reverencia debida á todas las que salieron de la pluma de Cervantes, puesto que nada original se descubre en ellas, y aun la forma no es por cierto

¹ Herrera define el *ingenio*, que él distingue del *genio* (sépanlo los que tienen esta última palabra por galicismo) «aquella fuerza y potencia natural, y aprehensión fácil y nativa en nosotros, por la cual somos dispuestos á las operaciones peregrinas y á la noticia sutil de las cosas altas. Procede del buen temperamento del ánimo y del cuerpo.

tan opulenta y pródiga de luz, como la de *El Cortesano*.

«El amor (dice el *Lenio* de Cervantes, siguiendo á Judas Abarbanel), es deseo de belleza.... Cual fuere la belleza que se ama, tal será el amor con que se ama. Y porque la belleza es de dos maneras, corpórea é incorpórea, el amor que la belleza corporal amare como último fin suyo, este tal amor no puede ser bueno, y este es el amor de quien yo soy enemigo; pero como la belleza corpórea se divide asimismo en dos partes, que son en cuerpos vivos y en cuerpos muertos, también puede haber amor de belleza corporal que sea bueno. Muéstrase la una parte de la belleza corporal en cuerpos vivos de varones y de hembras, y ésta consiste en que todas las partes del cuerpo sean de por sí buenas, y que todas juntas hagan un todo perfecto, y formen un cuerpo proporcionado de miembros y suavidad de colores. La otra belleza de la parte corporal no viva consiste en pinturas, estatuas, edificios, la cual belleza puede amarse, sin que el amor con que se amare se vitupere. La belleza incorpórea se divide también en dos partes, en las virtudes y ciencias del ánimo; y el amor que á la virtud se tiene, necesariamente ha de ser bueno, y ni más ni menos el que se tiene á las virtuosas ciencias y agradables estudios. Pues como sean estas dos suertes de belleza la causa que engendra el amor en nuestros pechos, síguese que en el amar la una ó la otra consista ser el amor bueno ó malo; pero como la belleza incor-

pórea se considera con los ojos del entendimiento limpios y claros, y la belleza corpórea se mira con los ojos corporales, en comparación de los incorpóreos, turbios y ciegos, y como sean más prestos los ojos del cuerpo á mirar la belleza presente corporal que agrada, que no los del entendimiento á considerar la ausente incorpórea que glorifica, síguese que más ordinariamente amen los mortales la caduca y mortal belleza que los destruye, que la singular y divina que los mejora....» «La causa de los males que el amor produce está en que toda la felicidad del amante consiste en gozar la belleza que desea, y esta belleza es imposible poseerla y gozarla eternamente.... porque no está en manos del hombre gozar cumplidamente cosa que esté fuera de él....»

Contesta Tirsí que «amor y deseo son dos cosas diferentes; que no todo lo que se ama se desea, ni todo lo que se desea se ama.... Como el que tiene salud, no dirá que desea la salud, sino que la ama.... Y así, por esta razón, el amor y el deseo vienen á ser diferentes afectos de la voluntad.... Verdad es que amor es padre del deseo. Amor es aquella primera mutación que sentimos nacer en nuestra mente por el apetito que nos conmueve y nos tira á sí, y nos deleita y aplace, y aquel placer engendra movimiento en el ánimo, el cual movimiento se llama deseo.... El objeto del deseo es el bien, y como se hallan diversas especies de deseos, el amor es una especie de deseo, que atiende y mira al bien que se llama *bello*.»

División del amor en *honesto, útil y deleitable*.

«El amor siempre es bueno, pero no los accidentes que se le allegan, como vemos que acaece en algún caudaloso río, el cual tiene su nacimiento de alguna líquida y clara fuente, que siempre claras y frescas aguas le va ministrando; y á poco espacio que de la limpia madre se aleja, sus dulces y cristalinas aguas en amargas y turbias son convertidas por los muchos y no limpios arroyos que de una y otra parte se le juntan.... La belleza, conocida por tal, es casi imposible que de amarse deje; y tiene la belleza tanta fuerza para mover nuestros ánimos, que ella sola fué parte para que los antiguos filósofos, ciegos y sin lumbre de fe que los encaminase, llevados de la razón natural y traídos de la belleza que en los estrellados cielos, y en la máquina y redondez de la tierra contemplaban.... fueron con el entendimiento rastreando, haciendo escala por estas causas segundas, hasta llegar á la primera causa de las causas.

».... En la figura y compostura del hombre se cifra y cierra la belleza que en todas las otras partes della se reparte.»

Cervantes llama al amor:

«De todas ciencias sin igual maestro,
Fuego, que, aunque de hielo un pecho sea,
En él las llamas de virtud le enciende.
.....
Flor que crece entre espinas y entre abrojos,
.....
Escala por do sube el que se atreve,

Á la dulce región del cielo santo.
.....

Pintor que en nuestras ánimas ostenta
Con apacibles sombras y colores,
Ora mortal, ora inmortal belleza.»
.....

Bien conoció el buen sentido de Cervantes que las razones y argumentos de Lenio y Tirsi, «más parecían de ingenios entre libros y las aulas criados, que no de aquellos que entre pajizas cabañas son crecidos.... Y recelando que alguien pudiera admirarse de que en la compañía de las ovejas, en la soledad de los campos, se puedan aprender las ciencias, que apenas saben disputarse en las nombradas universidades, aunque el amor por todos se extiende y á todos se comunica.... tuvo que confesar que Lenio¹, los más floridos años de su edad gastó, no en el ejercicio de guardar cabras en los montes, sino en las riberas del claro Tormes en loables estudios y discretas conversaciones....» *No es éste pastor sino muy discreto cortesano*, pudiéramos decir con el cura en el escrutinio de los libros; pero el hecho mismo de la inserción de tales teorías en un libro de amena literatura, destinado á correr en el cestillo de labor de las doncellas, demuestra palma-

¹ Personaje real como Tirsi y Damón y casi todos los que intervienen en la *Galatea*, aunque la personalidad de Lenio (¿Pedro Liñán?) no haya podido identificarse hasta ahora tan claramente como lo están las de Francisco de Figueroa (*Tirsi*), ó Pedro Láynez (Damón), ó D. Diego de Mendoza (*Meliso*), ó el mismo Cervantes (*Elycio*).

riamente el vigoroso empuje de la corriente platónica en el siglo xvi. Puede decirse que las lecciones de Diótima estaban entonces en la atmósfera, y que todo el mundo las respiraba, sin darse cuenta de ello, en todas partes, en los libros místicos las almas piadosas, en las de erudición y preceptiva los doctos, en las de apacible entretenimiento los mundanos.

La estética platónica fué la filosofía *popular* en España y en Italia, durante todo el siglo xvi. ¡Y cuántos y cuántos rasgos admirables ha inspirado á la poesía, desde aquel madrigal de Lope de Vega:

«Miré, Señora, la ideal belleza,
Guiándome el Amor por vagarosa
Senda de nueve cielos....»

hasta la oda de Fr. Luís de León *Á la música del ciego Salinas*, la cual quiero transcribir casi íntegra, para cerrar con llave de oro este capítulo, en el cual he procurado engarzar, como en hilo de perlas, las más exquisitas sentencias de esta escuela, insigne y afortunada entre todas por el número y por la calidad de sus intérpretes, en los cuales no parece sino que, á través de los siglos, se fijaba amorosamente la mirada de Platón, infundiéndoles luz y entendimiento de soberana hermosura! No sólo del mismo Platón, en el *Fedro* y en el *Convite*, sino de Plotino, del Areopagita, de San Buenaventura y de Boecio, en su tratado de música (tan aprovechado por el mis-

mo Salinas, á quien esta oda divina va dedicada), hay reminiscencias en las aladas estrofas de fray Luís de León, donde la efusión y el arranque del sentimiento lírico no dañan á la limpieza del pensamiento especulativo, ni éste enturbia ni aridece la concepción poética: de tal manera se penetran ciencia y arte en aquellos conceptos ontológicos superiores, que son á un mismo tiempo luz para el entendimiento y regalo para la fantasía.

«El aire se serena,
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
La música extremada,
Por vuestra sabia mano gobernada.
Á cuyo son divino,
Mi alma, que en olvido está sumida,
Torna á cobrar el tino
Y memoria perdida
De su origen primera esclarecida.
Y como se conoce,
En suerte y pensamientos se mejora:
El oro desconoce
Que el vulgo vil adora,
La belleza caduca engañadora.
Traspasa el aire todo,
Hasta llegar á la más alta esfera,
Y oye allí otro modo
De no perecedera
Música, que es la fuente y la primera.
Ve cómo el gran maestro
Á aquesta inmensa cítara aplicado,
Con movimiento diestro,

Produce el son sagrado,
Con que este eterno templo es sustentado.
Y como está compuesta
De números concordés, luego envía
Consonante respuesta,
Y entrambas á porfía
Mezclan una dulcísima armonía.
Aquí el alma navega
Por un mar de dulzura, y finalmente
En él así se anega,
Que ningún accidente
Extraño ó peregrino oye ni siente.
¡Oh desmayo dichoso,
Oh muerte que das vida, oh dulce olvido!
¡Durará en tu reposo,
Sin ser restituído
Jamás á aqueste bajo y vil sentido!
.....
¡Oh, suene de contino,
Salinas, vuestro son en mis oídos,
Á cuyo son divino
Despiertan mis sentidos,
Quedando á lo demás adormecidos!»

Todo está expresado aquí con frases de insuperable serenidad y belleza; el poder quietador del arte (*sophrosyne*), sus efectos purificadores, la escala que forman las criaturas, para que se levante el entendimiento desde la contemplación de las bellezas naturales y artísticas hasta la contemplación de la suma increada hermosura, la armonía viviente que en el universo rige y resplandece, armonía de números concordés, que los pitagóricos oían con los ojos del alma; música

celeste, á la cual responde débil y flacamente la música humana.... Con razón ha llamado Milá y Fontanals á esta oda (tan admirada por él, y que todos sus discípulos sabemos de memoria) «bella paráfrasis cristiana de la estética de Platón.»



CAPÍTULO VII.

LA ESTÉTICA PLATÓNICA EN LOS MÍSTICOS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII.—FR. LUÍS DE GRANADA.—FRAY JUAN DE LOS ÁNGELES.—FR. DIEGO DE ESTELLA.—FR. LUÍS DE LEÓN.—MALÓN DE CHAIDE.—EL BEATO ALONSO DE OROZCO.—CRISTÓBAL DE FONSECA.—EL TRATADO «DE LA HERMOSURA DE DIOS» DEL PADRE NIEREMBERG.

HEMOS de confesar que casi todo lo que se ha escrito acerca de nuestra sublime escuela mística del siglo de oro, carece de rigor y de precisión histórica, y debe tenerse mucho más por ensayo laudable (cuando no por adivinación más ó menos afortunada), que por conocimiento real y directo del asunto. La base para formar juicios, ya analíticos, ya sintéticos, faltará en tanto que la mayor parte de los monumentos de esta literatura continúen ocultos é ignorados para los críticos, y mientras éstos no se resignen á la tarea ingrata y deslucida, pero necesaria, de ir examinando nuestros libros de